

REPAROS DE REPAROS,

O SEA LIJERO EXÁMEN DE LOS "REPAROS AL DICCIONARIO DE CHILENISMOS DE DON ZOROBABEL RODRIGUEZ, POR FIDÉLIS PASTOR DEL SOLAR."

"Que si es verdad que yo puedo engañarme, no lo es ménos que es mas ridículo que el autor que no acierta, el crítico que yerra."

(J. E. Gomez, *Der echte Spanier.*)

El ilustrado autor de los *Reparos* principia su trabajo con la reproduccion de un artículo (que en el libro titula *Introduccion*) que se publicó en varios periódicos en el mes de julio próximo pasado; i como nosotros tuvimos ya el honor de manifestar nuestro juicio acerca de los *reparos* de que allí se trata, creemos conveniente, para evitar repeticiones, hacer preceder este *Exámen*, del artículo en que contestamos al señor Solar, publicado en EL MERCURIO del 29 del mismo mes de julio.

Poco o nada tenemos que agregar a lo que entónces dijimos. Pero si en materia de doctrina filológica nuestro artículo debe permanecer invariable, no sucede lo mismo en cuanto al tono que que allí empleamos; que sino era, tratándose de simples anónimos, en manera alguna destemplado, hoi que sabemos que el autor es el apreciable caballero que estampa su nombre al frente de los *Reparos*, quisiéramos que pecara mas bien por exceso de cortesía; pero ya que debe quedar en su forma orijinal, declaramos que debe tenerse por no escrita cualquiera palabra que no habríamos empleado si hubiéramos sabido a quien teníamos el honor de combatir.

LA MISA DIGALA EL CURA.

“Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ámbos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla, que le dió el ser i el nombre; lo contrario será fabricar castillos en el aire.”

(Puigblanch, *Opúsculos gramático-satíricos.*)

Señor don S. R. R.

En el número 14,457 de EL MERCURIO, correspondiente al 9 del presente julio, que solo ayer nos envió un amigo, viene un artículo crítico “*Diccionario de Chilenismos*” del señor Rodriguez, suscrito por Ud., en que Ud. hace algunos reparos a dicha obra, pretendiendo corregir los muchos o pocos errores que, según Ud., contiene, “moviéndolo a ello el bien entendido interés de sus compatriotas.”

No ponemos en duda sus muy sanas intenciones i mejores deseos, señor don S. R. R.; pero esto no basta, como lo va a ver Ud., para hallar, i ménos para encontrar errores donde no los hai. No es esto decir que el libro del señor Rodriguez no los tenga; nó, señor, los tiene; pero desgraciadamente, los que Ud. cree tales no lo son, como vamos a probárselo a Ud.; de la cual prueba se convencerá Ud. de que no basta haber dado exámen de gramática castellana en algun colejio i poseer un diccionario de la lengua, para echar su cuarto a espadas en materias que piden muchísima lectura.

Sentimos tener que ser muy breves, pues nos falta el tiempo para entrar en consideraciones jenerales acerca de la manera cómo se escribe i habla en América la lengua de Castilla; por esto nos limitaremos simplemente a refutar los reparos que Ud. pone al *Diccionario*, en el órden en que los trae su artículo.

Principia Ud. éste asegurando que no cree que la Academia Española haya dado carta de naturaleza a la voz *tranvía* en su calepino. Si no fuéramos enemigos de tratar estos asuntos satíricamente, le diríamos que realmente la Academia no ha admitido en su *calepino* el tal vocablo; i esto por la sencilla razon de que no ha escrito, a lo ménos que nosotros sepamos, ningun *calepino*. No creemos que sea tan rara la última edicion del *Diccionario* (que no *calepino*) de la Academia, para que Ud. permanezca en la duda de si trae o no esa palabra; a no ser que Ud. se refiera a lo que Ud. llama el *anglicismo* “*tranway*” que, por cierto, no lo hallará Ud.; pues ¿cuál es el “*anglicismo* bárbara-

mente traducido, pésimamente empleado i peor formado"? ¿*tran-
via?* o *tramway?* ¡Vea Ud. cuán necesaria es la buena redaccion,
sobre todo en asuntos filolójicos!

“Lastimosa confusion” llama Ud. el que el autor del *Dicciona-
rio* escriba *ayuya*, *yayi*, *payador*, en vez de *allulla*, *llalli*, *palla-
dor*. En el artículo *Y* del *Diccionario* dice el señor Rodriguez
por qué emplea la *y* i no la *ll*. Permítanos preguntar a Ud., si
es Ud. americano, que tal parece: ¿pronuncia Ud. *allulla* o *ayu-
ya?* ¡A que dice *ayuya* i no *allulla!* ¿O querría Ud. que el señor
Rodriguez, para señalar los *chilenismos*, se hubiera ceñido estric-
tamente a la etimolojía, i se hubiera puesto en comunicacion
epistolar con las ilustres academias de Arauco i de todas las es-
clarecidas naciones indíjenas del Nuevo Mundo, para saber a
punto fijo del mismo Nahueltripai i de los académicos que se
pasean en cueros, con las manos en los bolsillos, a orillas del
Amazonas, cómo deben escribirse i pronunciarse esas i otras pa-
labras que de sus lenguas nos hemos apropiado? El autor de los
chilenismos no tenía para qué averiguar si el salvaje de Bolivia
i el de Arauco distinguen esos dos sonidos, por mas que el pa-
dre Mossi i el padre Fébres lo hayan hecho en sus respectivos
diccionarios, con mas visos de razon el primero que el segundo,
que solo parece haberse guiado por analogías. Somos nosotros, los
americanos, los que hemos hispanizado esas voces; i no pronun-
ciando nosotros, por vicio o idiotismo propio de nuestra pronun-
cion, la *ll*, es claro que debemos escribir con *y* las palabras en
que suene esta letra. El *Diccionario* de la lengua castellana, al
admitir en sus combinaciones las voces americanas, no entiende
por tales las del quichua, guaraní, etc., sino las que han pasado
a formar parte del caudal del castellano, como se habla por los
americanos; de nuestros labios las recoge, i por cierto que no es-
cribirá *pallador* cuando oye mui claro *payador*.

Entre las omisiones se fija Ud. en la locucion afirmativa *có-
mo nó*, extrañando no hallarla en el *Diccionario*. Pretender que
al autor no se le haya escapado ningun *chilenismo* es una pre-
tension de las mas absurdas, i solo prueba lo poco familiarizado
que Ud. debe de estar con materias lexicográficas, i su mucho
desenfado para tratarlas. Fíjese no mas en las muchas ediciones
del *Diccionario* de la Academia, i vea, si sus conocimientos se lo
permiten, las muchísimas voces, no solo arcaicas, sino modernas
i castizas que faltan aun en la última edicion. I tenga presente
que ese libro se escribe no por un solo hombre, sino por un cuer-
po compuesto de numerosos sabios. Pero prescindamos de estas
consideraciones, i veamos si tiene razon para tachar al señor
Rodriguez por esta omision. Demasiado conoce él la lengua cas-
tellana para calificar de *chilenismos* los que no lo son. Pero ca-
llen barbas i hablen cartas.

En *Príncipe i Rei*, romance de Zorrilla, leemos:—“¿Vendreis?
—Cómo nó.” En *El capitán Montoya*, del mismo autor, leemos

tambien:—“¿No os lo dije?—Cómo nó.” En el célebre *Diálogo de las lenguas* de Juan de Valdes (incluido en los *Orígenes de la lengua española* de don Gregorio Mayans i Sisear) hai este pasaje:—“*Coriolano*.—¿Qué decís? ¿Vos no veis que duro i duro no son una misma cosa?—*Marcio*.—Cómo nó?”

¿Qué dice Ud.? ¿Escribiria chilenismos Juan de Valdes? Lo que hai que observar, es que nosotros abusamos sin tasa ni medida de esta locucion, pudiendo emplear tantas otras.

En cuanto a la omision de *presupuestar*, suponemos que no lo incluiria el señor Rodriguez por no ser en rigor un chilenismo, puesto que en España, bien o mal, tambien se usa. I decimos bien o mal, porque en realidad no es palabra tan mal formada como a primera vista parece. No entraremos aquí a probarlo, pues esto nos haria salir de los límites en que por la falta de tiempo tenemos que encerrarnos.

La palabra *funcia* i la locucion *hei es*, que Ud. echa de ménos, nos imaginamos que no se leen en el *Diccionario*, porque el autor se propuso apuntar *chilenismos*, i no cuanto *rotismo* ande en labios de la plebe; que si tal fuera su objeto, mas tinta habria de gastar que el mismo Tostado.

¿A quién oyó Ud. decir *arcayota* en Santiago? ¡Vaya! confiese Ud. que el tal o la tal se lo dijo *er domingo* en *er barcon* viendo pasar los *sordados*. *Alcayota* i no *arcayota*, es como se dice en Santiago. En Castilla dicen *cidracayote* i tambien simplemente *cayote*; pero no dudamos de que en Andalucía se dijo ántes *alcayote*, i quizás *alcayota*, habiéndose perdido con el tiempo la primera sílaba, que no es mas que el artículo árabe. Lo mismo ha sucedido con otras muchas voces, como *coran*, que ántes era *alcoran*. Sobre este particular puede Ud. consultar las *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana* de don Antonio Capmany.

Extraña Ud. que el autor no diga nada acerca de *choro*. Cier to es, señor, que éste es un sabroso, aunque indijesto, *chilenismo*: pero no es ménos cierto que es un impertinente e indijesto *choreo* el suyo, habiendo dicho el señor Rodriguez en el prólogo que “se ha abstenido de incluir entre los chilenismos los nombres quichuas i araucanos de animales, de aves, de peces, de plantas i los jeográficos.”

Accidentado. *Accidentes*.—Descontento se manifiesta Ud., mas sin razon, de las correspondencias castizas que a estos barbarismos señala el señor Rodriguez. Puede Ud. agregar estas otras, que quizás le gusten: *doblado*, *desigual*, *desigualdad*. Así, *tierra doblada*, *terreno desigual*, *desigualdades del terreno*. “Si las contingencias de un viaje por tierras dobladas, ásperas,” etc. (Marcos Jimenez de la Espada. “*El Volcan de Ansango*.”)

Aqua de la banda.—El ejemplo tomado de *Martin Rivas* le está diciendo cuál es el chilenismo que corrije el *Diccionario*; i así es como se ve escrito mil veces en los avisos de los tratantes o

comerciantes, i en sus carteles de baraturas. Hablamos de Santiago; en la Serena será otra cosa. Su *Diccionario de literatos* dirá lo que quiera, pero nosotros le decimos que *lavanda* no existe en castellano, i *lavándula* es anticuado, segun la Academia. Esos tales literatos, por aumentar su mal perjeñado libraco, no han tenido vergüenza, despues de llenarlo de galicismos, biografías, etc., de trasladar a sus pájinas toda la *Historia física de Chile* de Gay, definiendo los nombres latinos de cuanta planta i cuanto bicho encontró ese sabio entre mar i cordillera. Así, no es difícil asegurar en la portada que el libro se ha aumentado con quién sabe cuántos miles de voces nuevas. ¡Pero así ha salido ello!

Yuyuba.—¿Qué quiere Ud. que acerca de esta palabra diga el *Diccionario de Chilenismos*? ¿No le basta que la traiga el *Diccionario de la Academia* en su última edicion? Vamos claros. ¿Qué es lo que desea Ud.? ¿O quiere Ud. que se diga *pasta de susub*, en lugar de *pasta de azufaias*, como teme don Juan E. Hartzenbusch, en su prólogo al *Diccionario de galicismos* de Baralt, que se le antoje decir a algun galiparlista?

Municion.—Grandes alharacas forma Ud. porque halló este chilenismo como castizo en la acepcion de *perdigones* en los diccionarios de la lengua. No dudamos nosotros de que en alguna parte de España se llame así lo que siempre ha sido en Castilla *perdigones*. Cierto es tambien que el *Diccionario de la Academia* lo trae sin la nota de provincial; pero ésta es una evidente omision o equivocacion de ese sabio cuerpo, que no es la primera ni será la última vez que incurre en errores dignos de enmienda. El *Diccionario de Chilenismos* no ha pensado jamas cambiar nuestros provincialismos propios por provincialismos españoles (salvo ciertos casos en que lo justifican las doctrinas filológicas); así es que no recomienda que hablemos en catalan o en valenciano. Cuando habla de España, no es menester advertirlo expresamente, puesto que del idioma se trata, que se refiere a Castilla, i mui particularmente a Madrid, centro al cual tenemos que atenernos en cuanto se relaciona con la lengua que hablamos. No siendo, pues, *municion* usado en Castilla en la acepcion de *perdigones*, era necesaria la correccion. El primer madrileño que pase por la calle lo desengañará a Ud.

Peluquería.—Refutando Ud. al señor Rodriguez, quiere que las *barberías* se llamen tambien *peluquerías*. Llámense en buena hora *peluquerías* las tiendas en que se hacen pelucas, rizos, etc., i en que tambien se afeita, como sucede en algunas de Santiago. Lo que critica el *Diccionario de Chilenismos* es que se llame hoy *peluquería* cualquiera *barbería*. Para convencerse de la justicia de esta censura, no hai mas que abrir el *Diccionario de la Academia*, en cuya última edicion (1869) leemos: "*Peluquería*, f. La tienda donde se hacen o venden pelucas, i donde se peina o corta el pelo." Ya ve Ud. que aquí nada se dice de afeitar, pues en Madrid todo el mundo se afeita en las *barberías*, por mas que en

éstas tambien se corte el pelo i se vendan perfumes i sean mas elegantes que las mejores *peluquerías* de Santiago. El ejemplo de Breton que Ud. aduce, ¿qué prueba? ¿O estaba Ud. creyendo que el señor Rodriguez no sabia que existia la palabra *peluquería* en castellano? Medrado estaria el triste!

Aunque la siguiente observacion de Ud. no se refiere al libro en cuya defensa nos ocupamos, nos permitirá Ud. que acerca de ella digamos dos palabras en obsequio de las personas poco versadas en esta materia, i que podrian atribuir a su observacion mayor valor del que en nuestra humilde opinion se le debe conceder.

Dice Ud.: “Una obrita de ortografía castellana, publicada en Santiago, enseña a escribir *móvil*, *marabilla*, *kilógramo*, *juéves*, e introduce tantas novedades en la ortografía de la lengua, que seria largo i prolijo enumerar.” ¡Cómo novedades, señor nuestro! ¿Cuáles son ellas? No conociendo, como no conocemos, la tal obrita, tenemos derecho para suponer que las cuatro novedades citadas por Ud. deben de ser las mas gordas. Cuarenta años hace, justosi cabales, que una obrita que Ud. debe de conocer, intitulada: “*Principios de la ortolojía i métrica de la lengua castellana*,” anda en manos de nuestra juventud. Pues bien: en las primeras pájinas de esa obra didáctica leemos:—“La etimolojía, cuando no hai duda en ella, es lo único que puede guiarnos. Por consiguiente:

“1.º Debemos pronunciar *hábil*, *móvil*, *núbil*, derivado de los vocablos latinos *habilis*, *mobilis*, *nubilis*; *marabilla*, procedente de *mirabilia*, etc.” Excusado será decir que estas lecciones las dictó el sabio don Andres Bello, una de las primeras autoridades en gramática castellana. Ya ve Ud. que no es tan nueva la novedad. Sin embargo, bueno será advertir aquí, que hasta ahora todo el mundo escribe *móvil*, *maravilla*. En cuanto a *kilógramo*, ¿qué es lo que le tacha? ¿Ud. lo escribiria *quilógramo*? Sea en buena hora; por esto no hemos de reñir. Pero ha de saber Ud., señor S. R. R., que la Academia Española lo escribe con *k*; lo mismo lo hace la Universidad de Chile. Con que así, ¿dónde está la novedad que Ud. lamenta? O querria Ud. . . . pero en esto no ha pensado Ud. . . . que el autor escribiera, i no se asuste, *kiliogramo* o *quiliogramo*, que es como se deberia pronunciar, si los señores franceses, dando claros indicios de lo mal que estudian el griego, no hubieran suprimido, faltando a las reglas de buena formacion, la *i* de la segunda sílaba, como mui atinadamente lo advierte el erudito don Pedro F. Monlau en su *Arcaismo i neolojismo*.

Pero si en el párrafo precedente lo hemos censurado, permítanos que en éste lo felicitemos por su buen criterio en burlarse tan graciosamente de la supresion o abolicion del *don*, que no es mas que una ridícula afectacion. Entre nosotros esta ridiculez

es de reciente data: no así en otras repúblicas hispano-americanas, donde hace años está de moda.

Termina Ud. sus reparos criticando el nombre que lleva el libro del señor Rodriguez, por cuanto algunos de los titulados *chilenismos* son palabras comunes a toda la América Española. Querría Ud. que por lo mismo se llamase *Diccionario de Americanismos*. El autor ha querido corregir solamente los vicios que en materia de lenguaje se han hecho jenerales en Chile. Poco importa, pues, que éstos sean de procedencia peruana, cubana, argentina, etc.; basta que los usemos los chilenos. Para nosotros, respecto de la lengua de Castilla, son verdaderos chilenismos, i no tenemos que averiguar, en este caso, puesto que no se trata de estudios puramente etimológicos, si hemos tomado esas voces de las lenguas indíjenas de esta o de aquella tribu americana. El mas miope se reirá de lo insustancial de su reparo; por eso creemos ocioso detenernos en mas prolijas explicaciones. En cuanto a sustituir el nombre de *diccionario* por el de *glosario*, como Ud. quiere se llame, debió Ud. haber averiguado, ántes de proponerlo, lo que es *glosario*, que, segun la Academia, es el “*Diccionario que explica palabras oscuras i desusadas.*”

Tambien ha calificado Ud. de prematuro el libro, porque en él nota algunas omisiones (i no son tantas como Ud. finje creer, como no sean del linaje del *choro*.) ¿Qué podremos contestar a cargo tan pueril? ¿qué? preguntamos. . . . ¡Vaya Ud. a decirle a la Real Academia Española que no debió publicar la primera edicion de su *Diccionario* porque en ella faltan todas las voces que trae la undécima! *Risum teneatis!*

Si como los que hemos rebatido son todos los demas errores que contiene el *Diccionario de Chilenismos*, vale mas, señor don S. R. R., no meneallo. Si, al contrario, ha dejado Ud. los mas garrafales para los postres, no nos prive del placer de conocerlos luego, en lo que hará una via i dos mandados: un servicio a nosotros, i otro a la literatura nacional, indicándole los escollos que debe evitar.

Hemos llegado al término de nuestra tarea. Los jigantes i mandrines contra quienes, lanza en ristre, arremetió Ud. con tan singular denuedo, se han desvanecido como el humo: los que tales se le antojaron eran las aspas de un molino. Sin pecar de inmodestos podemos preguntar con lejítima confianza: ¿ha quedado en pié uno solo de los cargos que con tan escaso criterio se han hecho al libro que hemos querido vindicar?

Los que hayan leído la acusacion i la defensa i estén medianamente instruidos en materias lexicográficas, podrán contestar. O mucho nos equivocamos, o ya oimos decir:—“¡Ninguno!” I no se crea que atribuimos este resultado a nuestra refutacion: era una consecuencia precisa i necesaria de lo infundado e insostenible de los cargos.

En satisfaccion de la tacha de prematuro que se ha hecho al

Diccionario de Chilenismos i como un homenaje a nuestro distinguido amigo el autor, terminaremos este artículo citando las palabras con que termina el prólogo de la primera edicion del *Diccionario de la Real Academia Española*:—“Pero lo que no se empieza no puede llegar el caso de que se concluya: y para que se enmiende y perfeccione pone hoi la Real Académiá Española á vista del Orbe literário este primer volúmen de su obra, con la satisfacció de haber vencido tantos y tan graves embarazos como habían ocurrido para su logro: I sívala de mérito, para disculpa de sus omisiones involuntárias su ardiente zelo por la glória de Nación.”

Soi de Ud., señor S. R., A. S. S.

F. P.

ADVERTENCIA.

“Así como hai un uso recto i regulador en materia de idioma, hai otro malo, contra el cual puede cualquiera con razon sublevarse, i no habrá lugar la prescripcion.”

(Bouhons. *Remarques nouvelles.*)

Como el señor Solar parece no haber comprendido bien las verdaderas miras del señor Rodriguez al escribir su *Diccionario de Chilenismos*, que no son otras que señalar a las personas que deseen hablar i escribir correctamente, los escollos que deben evitar, i como el autor de los *Reporos* se empeña en conservar, contra los consejos del señor Rodriguez, el uso de innumerables chilenismos, nada mas que porque los cree útiles, o porque considera imposible sustituirlos por las correspondencias castizas, por la oposicion que entre nosotros hallarian, se nos permitirá que expongamos aquí el objeto que, en nuestra opinion, se propuso el erudito autor del *Diccionario de Chilenismos*. Mui claro lo dice el “Prólogo;” pero ya que algunos no lo han comprendido, fuerza será repetirlo.

El señor Rodriguez hizo esas apuntaciones, principalmente para los jóvenes que se dedican a las letras i para todo linaje de personas que tienen la noble aspiracion de no expresarse en una jerga tan vulgar como abominable. En obsequio de los primeros, para que sus obras puedan ser leidas fuera de Chile, en las Américas i en España; donde corrian riesgo de no ser entendidas de nadie si seguian ostentando voces i locuciones no conocidas sino de los que nacieron en el estrecho seno de nuestros valles: en el de los segundos, para que no se ofenda la majestad de la Representacion Nacional con ridículos provincialismos, i no se amen-

güe la elegancia del trato fino i cortesano de nuestros salones con un lenguaje tan poco culto i distinguido; i en fin, para que tanto nuestros varones como nuestras damas que se resuelvan a salir alguna vez de la aldea que los vió nacer, i emprendan un viaje por tierras extrañas, en que se hable la lengua de Leon i Herrera, no necesiten de intérprete, como lo hemos visto nosotros mismos allá en la coronada villa que baña el arenoso Manzanares.

Pero si el autor del *Diccionario* no escribió sus sabias lecciones para los mercaderes, los oficiales mecánicos, i aun para muchas señoras de su casa, muchas de las cuales no han leído en su vida mas libro que el almanaque, seguro de que ninguno de éstos habia de comprar una obra para ellos tan inútil, nunca desconfió de que, con el tiempo, hasta la jente pechera aceptará, si no todas, muchas de sus correcciones.

Siendo este el objeto del libro, i viniendo los chilenismos casi siempre acompañados de su correspondencia castiza, no comprendemos el empeño del señor Solar en adoptar voces bárbaras que, aunque mui corrientes en nuestro suelo, está en nuestro interes desterrar para siempre, como procuran hacerlo en Colombia, en el Perú i otras secciones americanas, los literatos que comprenden la inmensa ventaja de que tantos millones de individuos hablen uniformemente una misma lengua. Si en cada república hispano-americana hubiera hombres como don Juan María Gutierrez, honra i prez de la arjentina, llegaria dia en que las diverjencias fuesen tan marcadas, que lo que es hoi una sola habla serian entónces tantos dialectos cuantos son los Estados; pues que, combatida la lengua de Castilla por el elemento indígena, que casi en cada Estado es distinto (la América salvaje habla como 500 idiomas i cerca de 2,000 dialectos), i por la inmigracion europea no española, i no pudiendo, por lo heterojéneo de los ajentes, modificarse por una misma pauta, la consecuencia es desgraciadamente mui clara i precisa. El señor Gutierrez es, sin duda, partidario de la pluralidad de idiomas, por las ventajas que ofrece a la humanidad. Esa diversidad de lenguas establece el vínculo de union i amor entre las razas de la tierra, que hombres negados e ilusos han soñado hallar en una lengua universal. Para el ilustre arjentino será envidiable variedad la que goza España hablando catalan, valenciano, gallego, castellano i aun portugues; ramas todos de un solo tronco. Si hoi chilenos i arjentinos, hablando una misma lengua, no somos Cástor i Pólux, hablando dos, i quizas mas, seguro está que nos comiéramos a cariños.

Resumiendo diremos, que nosotros no aceptamos chilenismo alguno que tenga su correspondencia castellana, i aun preferiremos el provincialismo andaluz o aragones a las voces del cholo de Bolivia o del *pehuenche* de Chile. El que no quiera seguir los sanos i bien intencionados consejos del *Diccionario de Chile-*

nismos, que lo deje, i hasta las señoras de su casa pueden exclamar con Iriarte, sin que nadie les saque la multa por ello:

I rabie Garcilaso norabuena,
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

EL GRUESO DE LOS REPAROS.

“Miente Capiton, porque tú, oh César, puedes dar la ciudadanía a los hombres, pero no a las palabras.” (SÜETONIO.)

No siendo nuestro propósito hacer un libro, sino un artículo de periódico, no nos estenderemos mas de lo estrictamente necesario en el análisis de los *Reparos*, muchísimos de los cuales, por lo infundado de los cargos, o por lo antojadizo de las razones, no merecen el honor de la refutación. Ahí están, en prueba de ello, *Acuadrillar, Acumuchar, Ahuesarse, Amansador, Amarrar, Amasandero, Aparta, Aparragado, Apegualar, Arenillero, Atrasarse, Aviar, Avocastro, Barra, Baboso, Badulaque, Bajador, Barajo, Barraca, Barrigon, Caja de rapé, Calduda, Cancha, Caracha, Cayampa, Cebolla, Cocaví, Cocho, Contra, Cuadrillazo, Crujidera, Cubierto, Curtiembre, Chalilones, Chamiza, Chaya, Chica, Chicote, Chiche, Chupalla, Chupon, Desgarrar, Dia por medio, Dilatarse, Disparar, Dragonear, Empacarse, En ciérnes, Espaldear, Esquina, Estirar, Etiqueta, Fustan, Galpon, Gamela, Gorro frijio, Grano, Gros, Guasca, Habiloso, Hierra, Hoblon, Huirhil, Infundia, Inyectar, Ipepacuana, Ir, Jinetear, Jonja, Largar, Latigudo, Lengüista, Liona, Lívido, Lunch, Llevarse a alguno por delante, Maldito, Mandil, Maroma, Mashorca, Matancero, Médula, Menester, Mojinete, Mono, Moscobado, Mote, Nauca, Once, Pachacho, Padron, Panánas, Papa, Parron, Patuleco, Pava, Payaco, Payador, Peal, Pepa, Picana, Picnic, Picoton, Piduyes, Pinino, Pípiripavo, Pitar, Resentirse, Resumidero, Rulo, Satisfacción, Siútico, Sotacura, Tajamar, Teodolito, Toldo, Tracalada, Tranquero, Transar, Trapiche, Trastornar, Tropa, Tunantear, Tusa, Umbralado, Valorizar, Velon, Velorio, Hachis i Cues, Yampo, Yayi.*

Esta larga lista de vocablos ocupa la mayor parte del libro del señor Solar, el cual es un hermoso volumen de 200 páginas, que el autor pudo fácilmente haber aumentado con otras 200 con *reparos* como los suyos.

De este libro puede decirse, i con mas justicia por cierto, lo que del *Tesoro de Covarrúbias* dijo don Francisco de Quevedo: que es obra “donde el papel es mas que la razon.”

Cualquiera que no abra el libro del señor Solar i coteje los *reparos* con lo reparado, se imaginará quizás que todos esos artículos representan otros tantos errores o equivocaciones del señor Rodríguez, i hasta podria creer que éste ha querido burlarse

del público, dando a luz una obra que no es mas que puras sandeces. Felizmente hai en Chile bastantes personas que pueden apreciar los *Reparos*, i aun, sin necesidad de cotejo alguno, podrán persuadirse de que tanta pájina de letra de molde no es mas que *verba et voces et præterea nihil*. Juzgue el lector por sí mismo.

¿Qué dice el señor Solar en *Caja de rapé*? Su único argumento es que a él le gusta mas que *tabaquera*, puesto que el equívoco que resulta de la homonimia es una razon de pié de banco. El mismo argumento emplea en *Aparta*, *Bajador*, *Dia por medio*, *Esquina*, *Fulminante*, *Gamela*, *Guasco* i cincuenta *reparos* mas.

Las personas que deseen escribir correctamente i de modo que se entienda en otros paises que hablan castellano lo que escriben, pueden optar entre la autoridad del señor Solar i la de la Academia de la Lengua.

¿Qué dice en *Curtiembre*? Que el señor Rodriguez no debió calificarlo de chilenismo, porque el señor Amunátegui, que es miembro de la Academia Española, lo usó una vez por *curtiduría*, i porque su uso es jeneral en Chile. ¡Mire Ud. qué razon! Pues, señor, precisamente por eso mismo lo ha puesto en su Diccionario el señor Rodriguez; esto es, para que los literatos no vuelvan a usar provincialismos, cuando pueden expresarse en buen castellano i ser entendidos fuera de este rincon, que no es el único que puede dar la lei en materia de lengua castellana, pues hai otros pedácitos de mundo que pretenden igual derecho.

Con el mismo criterio que se juzga a *curtiembre*, se juzga otra infinidad de chilenismos.

Con frecuencia invoca el autor de los *Reparos* el uso de la "*jente educada*." "El uso de una palabra no se ha de indagar en un tocador o en un corro de eruditos a la violeta; esto es, ni entre calaveras, ni entre calabazas, sino por los renglones de un maestro Leon o de un Fernando de Herrera, que, como ellos mismos cuentan de sí, las medían i pesaban." (Don José de Vargas i Ponce, *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano*.)

Un gran número de los vocablos enumerados arriba han sido incluidos en los *Reparos* para advertirnos que no son *chilenismos*, porque se usan en toda la América; otros porque son *peruanismos*, segun el señor Paz Soldan. Véanse sino: *Cancha*, *Cocaví*, *Empacarse*, *Fustan*, *Poroto*, *Timbirimba*, *Trapiche*, *Transar*, *Tropa* i otros.

Bien pueden usarse esas voces en toda la América, eso no quita que para nosotros, respecto del habla de Castilla, sean *chilenismos*. El autor encontró esas voces en Chile; i no hallándolas usadas en España, ni importando nada a su objeto el que otras secciones americanas usasen el mismo vocablo, puesto que no se trataba de un diccionario jeneral de voces americanas, las denominó como debia hacerlo, i dijo a los chilenos: "Si quereis

hablar castizo, acordaos de que tales i cuales palabras no son castellanas, o de que en tal o cual acepcion no lo son." El que Salvá i otros, i aun la misma Academia les hayan dado un lugar en sus diccionarios, no es una prueba de que les hayan otorgado carta de ciudadanía.

Como muchas de esas voces ocurren con frecuencia en los cronistas o historiadores de Indias, i en las relaciones de los viajeros españoles, i aun en la lejislacion de estas Indias, debian necesariamente ser definidas por los diccionarios españoles: i así lo comprendieron Nebrija i Covarrúbias, i cuantos despues escribieron diccionarios españoles.

De *Fustan* dice el señor Solar que no es *chilenismo*, porque el señor Paz Soldan lo trae entre sus *peruanismos*. ¡Válanme las once mil! ¡I si algun crítico mui ducho en lexicografía objetare al señor de Soldan que su *peruanismo* ya no puede ser tal porque el señor Rodriguez lo trae entre sus *chilenismos*! ¿A qué nacionalidad perteneceria, pues, el triste vocablico? En la duda indecisa tendrían los filólogos que averiguar si el dichoso *fustan* abultó primero las voluptuosas caderas de la graciosa limeña, o ciñó el esbelto talle de la (antaño) mística chilena. ¿I qué dirá don Estéban Pichardo cuando sepa que su *Diccionario de voces cubanas* no puede llamarse así porque la mitad, a lo ménos (no incluidas, por supuesto, las de la botánica), de esas voces, se usan tambien en Chile?

Otro de los reparos consiste en asegurar que el autor nunca ha oido tal vocablo, o que deben de usarlo mui pocos. Ahí están *Baboso*, *Ipepacuana*, *Ñaucas*, *Tascador*.

Pues, si el señor Solar no los ha oido, no debió oírlos tampoco el señor Rodriguez, i ménos darles hospitalidad (o ponerlos en la picota) en su libro.

No pocos de los nombres citados como no merecedores de la refutacion, deben el lugar que ocupan en los *Reparos* al delito del señor Rodriguez de haberles quitado la *ll* con que el autor de los *Reparos* dice los escribian Mama Coello i Colocolo, o quizás los cronistas de sus reales casas, i sustituidola con la *y*. I nadie dudará de que esos literatos escribian; a lo ménos, las palabras del señor Solar hacen suponer que tenían libros. I de no ¿qué significa eso de *ortografía orijinal* que en el artículo *guasca* leemos? "Aunque habriamos deseado conservar en todas las palabras americanas que principian por *hua* su ortografía orijinal, estamos de acuerdo"

Ya en otro lugar hemos tratado este punto. Vamos ahora a reforzar nuestra opinion con la autoridad de don Estéban Pichardo, que en la página 12 del prólogo de su *Diccionario de voces cubanas*, tercera edicion, se expresa así: "Es, pues, evidente que las indíjenas" (las voces) "no se pronuncian ni deben escribirse jamas con *Z*, *Ce*, *Ci*, *Ll* ni *V*, i que si algunos autores peninsulares dijeron *Ceiba*, *Ciguapa*, *Zapote*, *Llana*, *Llagruma*, *Vivijagua*,

Havana, etc., no fueron exactos en la version representativa de la prosodia americana, confundiéndola con la nativa suya, talvez por la costumbre o rutina de copia, o un falso oríjen i analogía, como todavía se nota en el bautismo del rio *Sasá* a quien titulan *Zaza*, adelantándose algunos a llamarle *Zarza*. Por fortuna los escritores modernos mas ilustrados i que estudian con esmero en el libro práctico del pais, van reformando esa ortografía, *Seiba*, *Sapote*, *Yana*, *Yagruma*, etc. Queda, pues, establecido que ninguna palabra indíjena se escribe con *Z*, *Ce*, *Ci*, *Ll*, *V*, sino con *S*, *Y*, *B*.”

Lo que de las voces yucayas dice Pichardo, debe aplicarse a todas las americanas. I aun cuando se nos pruebe que los hijos del Sol pronunciaban la *ll* castellana, nosotros sostenemos que las palabras quichuas que la tengan, deben escribirse, al formar parte de la familia castellana, con *y* i no con *ll*, porque los chilenos, bolivianos i peruanos que las hemos hecho castellanas, adoptándolas en nuestra lengua, jamas pronunciamos *pallaco*, como asegura el señor Solar que pronuncian todos los mineros, sino *payaco*. Uno de dos, o debemos desconfiar muchísimo de la sensibilidad del oido del autor de los *Reparos*, o debemos creer, i perdone nuestra audacia, que jamas ha conocido el verdadero sonido de la *ll* castellana.

I ya que de ortografía se trata, hablemos de la *h* que en *echona* i otras voces bárbaras echa de ménos el señor Solar.

En el artículo *Echona*, leemos: “Capricho ortográfico es escribir esta diceion sin *h*: en quichua es *hacchuna*, i solo en el Diccionario del señor Rodriguez la hemos visto escrita con simple *e*.” Quizás en los manifiestos de aduana, o en el *Prontuario* del señor Suarez, o en otras autoridades no menores, se verá escrita con *h*. Entre las autoridades citadas i el señor Rodriguez, estamos por el último.

En los diccionarios quichuas la *h* de *hacchuna* i de todas las demas palabras que allí se ven con *h*, no es mas que un signo convencional, una letra de un *alfabeto fonético* bastante imperfecto. El padre Mossi, en su *Gramática quichua*, dice en la página 5: “La verdadera pronunciacion de la *h* con *a*, *e*, *i*, *o*, es la *h* aspirada de los polacos i andaluces, como *harina*, *jarina*.”

Si no pronunciamos, pues, *jechona* ¿a qué conservar esa letra *h*, que en castellano no tiene sonido alguno? ¿O será por respeto a la etimología, un homenaje a la *ortografía orijinal*? I aun cuando los *quipus* estuvieran llenos de haches, como lo están de nudos, mucho dudamos de que la Academia las respetara por sola la razon etimológica; pues aunque este sabio cuerpo dice en su *Gramática* (página 323, edicion de 1870) que “se usará de la *h* en todas las voces que la tienen en su oríjen,” no es este un privilegio sino de aquellas lenguas que pueden probar por su literatura que realmente tuvieron tal letra; i aun así, la Academia, si bien no lo dice en su *Gramática*, lo prueba en el Diccionario, pa-

rece limitar su respetuosa concesion a solas las lenguas sabias.

Así, no se nos hable, pues, de *ortografías orijinales*. No se confunda con la escritura de los idiomas latino, griego i hebreo, los simples signos fonéticos que a su capricho han elejido los autores para representar los sonidos de algunas lenguas bárbaras.

Escaso criterio filolójico arguye el escribir *hechona*, *humita*, etc., que para llevar esa *h* solo pueden invocar la ignorancia de los que así los escribieron primero, engañados por la semejanza de sonido que las primeras sílabas de *hechona* tienen con las del participio de *hacer*, i las de *humita* con las del diminutivo de *humo*.

Sigamos en nuestro análisis.

A las últimas o en las últimas. El señor Solar defiende este chilismo porque dice que se subentiende *boqueadas*.

Esta clase de locuciones son frases esencialmente elípticas que no es dable alterar en lo menor sin desnaturalizar su jenuino significado. Son, por decirlo así, locuciones estereotipadas. Del cambio de número o jénero de sus partes suele, cuando no se tiene presente la parte tácita, resultar el mayor adefésios. En la locucion de que tratamos no resulta, si se subentiende *boqueadas*, un adefésios, pero sí un lenguaje de galeotes. La locucion castiza es *estar a los últimos*; frase noble, pues que se subentiende o se calla *instantes o momentos de su vida*. Compárese ésta con el chilismo *estar en las últimas* (*boqueadas*). Eso de *boqueadas* de un moribundo, no es, por cierto, chocante en un hospital; pero lo es mucho por chabacano e irrespetuoso en la conversacion de la jente culta. Para nosotros es un provincialismo inútil, i como tal cae bajo nuestra jurisdicción i nuestra censura.

Al apa. Si fuese frase castellana, como la escribe el señor Solar, es decir, *a lapa*, seria una locucion elíptica en que habria que suplir media docena de palabras calladas. Al buen entendedor....

Acuadrillar. Son curiosísimos los argumentos i las razones que aduce el autor. Recomendamos su lectura a los aficionados a la filolojía.

Adulon. “El *adulador* no se rebaja, porque sus adulos son galanterías, expresiones corteses que, léjos de reprochársele, se toman como nacidas de los buenos modales, i no las emplean sino con las damas o con personas de alguna suposición, sin que por esto pase por ninguna humillacion, como el *adulon* que se arrastra, si es preciso, para lograr el fin que se ha propuesto. El *adulador* es un caballero cortés i de capacidad; el *adulon* es un miserable.”—Hasta aquí el autor de los *Reparos*.

Veamos ahora lo que dice acerca del tal vocablo *adulador* don P. M. de Olive. Dice: “El *adulador* es bajo, vil, grosero: miente con desvergüenza i descaro: dijéramos que tira oportuna o inoportunamente al rostro de quien adula sus serviles complacencias.

“La *adulacion* es torpe i aun estúpida; nace de un alma por lo comun corrompida, malévola, mal intencionada”....

“A las personas de delicada educacion, de finos modales, de trato i conocimiento del mundo, fastidia i empalaga el *adulador*, i aun les es aborrecible; le desprecian, se mofan de sus bajezas, huyen de su encuentro.” (*Dicc. de Sinónimos de la Lengua Castellana.*)

Aereonauta. El autor de los *Reparos* dice que “El Diccionario de la lengua trae *aereonauta* i *aeronauta* como sinónimos; por lo que la correccion que hace el señor Rodríguez queda sin valor.”

Ninguno de los diccionarios que nosotros tenemos, que no son pocos, trae la voz *aereonauta*. El mismo diccionario escrito por una *Sociedad de Literatos*, en la última edicion, que es de 1875, no trae ese revesado vocablo. No dudamos de que venga en una edicion anterior, que debe de ser una que conocimos, i que es la misma que ridiculizamos en otro lugar. La última nos está probando que los tales literatos han abjurado sus pasados errores, pues han hecho ahora algo mui distinto: han copiado simplemente el Diccionario de la Academia, i añadido algunos vocablicos para disimular el plajio.

“*Aeri, áero.* Del sustantivo latino *aer, aeris*, que significa el *aire*, o del griego *aer, aeros*, que vale lo mismo: *aeri-forme, aeró-lito, aero-mancia, aeró-metro*, etc.

“No se confunda (como hacen algunos) *aróe-metro*, que se compone de *aer*, *aire*, segun acabamos de decir, con *areó-metro*, que viene del griego *araios*, que significa raro, sutil.” (*Monlau, Diccionario Etimológico.*)

Agua de la banda. Basta con decir que la Academia no ha querido admitir en su Diccionario a *lavanda*.

En este artículo censura el autor de los *Reparos* al de los *Chilenismos* el uso de *ampolleta*. “El empleo que hace el señor Rodríguez de la palabra *ampolleta*, por botella o frasco, es impropio: *ampolleta* significa únicamente reloj de arena, i los diccionarios no le dan otra acepcion.”

Sí, señor, se la dan.

En todos esos diccionarios se lee: “*Ampolleta*, f. d. de *ampolla*.” Esa *d*, señor, significa *diminutivo*. Recurrimos, por consiguiente a *ampolla*, donde leemos: “*Ampolla*” “*Vasija de vidrio o cristal de cuello largo i angosto, i de cuerpo ancho i redondo en la parte inferior.*”

Aguachento. Recomendamos su lectura, sin comentarios, por ser una buena muestra de los *Reparos*. De argumentos de esta clase está lleno el libro del señor Solar.

Alcancia. Cualquiera creeria que se trata de la formacion de una lengua nueva, cuyas voces propone el señor Rodríguez, i discute el autor de los *Reparos*.

Ama. El señor Solar quiere que las haya *secas*; no así los españoles. Pues, señor, regarlas, i leer lo que dijimos en *Alcancia*.

Amarrar. “No hallamos diferencia alguna entre la significacion de este verbo i la de *atar*.” (*Reparos.*)

Sépanlo los que “*atan* sus discursos:” ahora pueden *amarrarlos*. Los predicadores i otros que citan frases bíblicas, como la mui socorrida: “lo que atáreis en la tierra, atado será en el cielo,” pueden, en obsequio de la variedad, decir algunas veces: “lo que amarrareis,” etc.; lo que tambien es mas armonioso.

Amordazar era antiguamente morder o maldecir; i en esta acepcion lo traen los diccionarios; no en la de poner mordaza, que es *enmordazar*. Sin embargo, en la eleccion de estos dos prefijos (*a* i *en*) no ha sido la lengua siempre mui consecuente. En muchas voces el uso los ha fijado ya definitivamente.

Aniego. El que al señor Solar le guste, no es una razon para que se use. Procediendo conforme al método inductivo de la lingüística, casi podriamos asegurar que este *aniego* ha existido en la lengua. La insistencia del vulgo en conjugar el verbo *anegar* como irregular, diciendo en el presente de indicativo yo *aniego*, etc., da claros indicios de ello. Sin embargo, los que quieran hablar bien, aténganse al *Diccionario de Chilenismos* en lo tocante a esta voz.

Apellidos en plural. ¿Esta página tambien serán *reparos*? Algunos mas ejemplos podriamos citar nosotros con ménos ruido.

Aproximativo. Véase otro *reparo*: “En este párrafo solo nos detenemos para preguntar si la palabra *aproxima* por *aproximada*, que leemos en el *Diccionario*, es escrita así por su autor o es yerro del cajista.” Averígüelo Várgas en Cálderon i en Quévedo.

Arnes. “Cual dos leones fieros caminaban—Por entre los cadáveres i arneses.” ¡Si estos *arneses* son, señor, las armas defensivas que usaban los guerreros, no las guarniciones de las bestias! ¿A qué, pues, el ejemplo?

Cartucho, cucurucho. Es probable que entre los literatos de la *Sociedad* hubiera ántes uno o mas americanos. Lo que es en la edicion del *Diccionario de Literatos* de 1875 podemos asegurar que o no los hai, o se han convencido de que los cartuchos no se hacen de dulces sino de pólvora i balas, sustancias que no se parecen mucho.

Ceba, cebo. “Salvá trae esta voz en el sentido de “la pólvora puesta a las cazoletas” como anticuada.” Dispénsenos, señor; Salvá no ha dicho tal en su vida. Lo que leemos en su diccionario es: “Ceba, f. ant. *Mont.* Cebo.” El cual *Mont.*, quiere decir que la voz de la montería *ceba* es ahora *cebo* en la acepcion que esta palabra tiene hoi dia como voz de ese arte (que es la primera que se lee en “Cebo;”) i de ninguna manera que *cebo* fué antiguamente *ceba* en todas sus acepciones.

Conservatorio. Excelentes razones sin duda. Lástima no mas que la lengua castellana ya esté hecha, que sino “En cuanto estas últimas” (las palabras nuevas) “la regla es que *no se introduzcan sino cuando lo exija imperiosamente la necesidad*, es decir, cuando no haya otro modo de expresar la idea que se quiere comunicar.” (Hermosilla, *Arte de hablar*.)

Cucaracha. La Academia solo acepta esta palabra en la terminacion femenina. I téngase presente que este cuerpo se compone de muchos individuos, los escritores mas notables quizas de la Península; i ninguno, al parecer, conoce la voz *cucaracho* masculino.)

En cuanto a la etimología que de esta palabra da el señor Rodriguez, no la hallamos tan infundada. Si el insecto, cuyo nombre nos ocupa, tuviera una voz sensible a nuestros oídos, no vacilaríamos nosotros en colocarla por su estructura, entre las mejores onomatópicas; pero el animalito es, para nosotros, mas mudo que una piedra.

Nosotros sabemos que la *cucaracha* (nuestra *barata*), hoi insecto cosmopolita, vino a Europa de las Indias Orientales (i así, en la entomología se llama *Blatta orientalis*); i que vino en buques no hai que dudarlo: dícelo tambien la Academia en la primera edicion de su Diccionario, a la par con algunas simplezas i necedades propias de la España de aquel tiempo, en que habia mas inquisidores que *baratas*. Decíamos, pues, que las cucarachas vinieron en buques—i en el siglo XV, como ahora, eran muchos los barcos ingleses que surcaban los mares.—No seria, pues, extraño que los ingleses que trajeron las *cucarachas* en sus naves, las dejasen en España con el nombre que ellos les daban, así como dejaron no pocas voces de la marinería.

Covarrúbias, en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, define bajo este nombre otro insecto mui distinto, que suponemos, i no sin fundamento, sea nuestro *chanchito*; de lo que inferimos que en su tiempo no eran todavía comunes las *cucarachas* en España, o que el buen canónigo era mas sabidor en teología que en ciencias naturales.

Cucaracha viene, pues, del ingles *cockroach*, vocablo compuesto de dos palabras de esta hermosa i flexible lengua: *cock*, gallo, i *roach* escarcho (especie de pescado) palabra bien formada, si las hai. ¿Habrá, pues, motivo para dudar, como duda el señor Solar, si *cockroach* procede de *cucaracha*, o ésta de aquélla?

La *cucaracha* se llama en Chile *barata*, lo mismo que en Portugal. “Fez cahir no chão uma barda de pratos d’estanho querendo matar com uma vassourada uma barata que ia a correr pela parede.” (Herculano, *O monje de Cister*, tomo I.)

Champa. Pian piano, señor. El autor de los *Chilenismos* dice que el quichua “ha enriquecido *el castellano que hablamos los americanos*,” lo cual es mui distinto a enriquecer “*el español*,” como Ud. dice. Maldita la falta que nos hace *champa*, cuando hai otras voces castizas. Lea Ud. las páginas 283 i 304 del tomo II del *Novísimo guia de Labradores i Jardineros* de don Balbino Cortés i Morales, i allí verá Ud. las palabras *cepellon* i *cepelloncito*, que son ni mas ni ménos nuestro *champa* de las plantas. Ahí tiene, pues, para todas las *champas*: *césped*, *tepe* i *cepellon*. I el que la última voz

no venga en el Diccionario de la Academia, no significa nada, pues la autoridad de Cortés basta i sobra.

Nadie se vanaglorie de enriquecer la lengua de Castilla con voces bárbaras e inútiles, pues no podrá exclamar con el fénix de los ingenios:

“Favorecido en fin de mis estrellas,
Algunas lenguas supe, i a la mia
Ricos aumentos adquirí por ellas.”

Lope de Vega la enriquecía con voces que engalanaban la literatura de las lenguas sabias, i no las pedia a los *cholos* i *pehuenches*.

Chinchibí. “Siempre lo hemos visto escrito chinchiví,” dice el autor de los *Reparos*, enmendando la plana al de los *Chilenismos*, Si hemos de confesar la verdad, nosotros tambien hemos leído casi siempre en las muestras i letreros de los bodegones: “Serbesa i Chinchiví.” ¿Dónde aprendería ortografía el señor Rodríguez?

FERNANDO PAULSEN.

(*Concluirá.*)

APOLOGOS. (1)

EL VERJEL I EL CARDO.

No me sería fácil fijar el tiempo ni señalar el lugar en que se formó un verjel pequeño con cuidadoso esmero. Abundaba en plantas, que con la fragancia de sus flores, la dulzura de sus frutos i la melodía del canto de lasavecillas que anidaban, movían a la alegría i a la apacible contemplación.

(1) Al publicar esta segunda serie de mis apólogos orijinales, de este trabajo “tan árduo i difícil en medio de su aparente facilidad,” como lo conceptuaba entre nosotros un antiguo literato, deseo hacer una advertencia en corto número de palabras. El primero que en esta serie aparece fué tambien el primero que escribiera, i no habiéndolo insertado en el mismo lugar de la anterior, interrumpiendo así el orden que voi siguiendo, quiero reunirlo a la presente, despues de haberlo corregido, para no desmembrarlo. Los otros apólogos que ahora ven con él la luz pública han sido escritos recientemente, en los últimos dias del mes anterior i primeros del presente.

Mas, dentro de recinto tan ameno brotó un cardo por el tiempo mismo en que, decreciendo el celo de su afortunado poseedor, daba de mano al prolijo cultivo con que lo habia asistido. Libre de todo brazo enemigo, el cardo se desarrolló con vigor en esa tierra fértil, i sin que le sobreviniera contratiempo alguno alcanzó a florecer, entregando despues sus semillas al viento, que solícito las diseminó.

Al cabo de un año las semillas habian jermiado i el verjel dejó de ser verjel porque ellas lo transformaron en cardal, albergue de temibles reptiles.

Habiendo entre los hombres, como entre los vejetales, diversidad de familias, ¡ai de la honesta si indolente presta acogida en su seno a algun miembro de los que pertenecen a la de la perversidad!

EL JAZMIN I EL MAITEN.

Entre las diferentes plantas que embellecian el patio de cierta estancia, se contaban el odorífero jazmin i el rústico maiten. Aquél, colocado en el centro del jardin, habia sido prolijamente arreglado, miéntras que éste, situado a un lado, crecia libremente sin recibir tantos cuidados.

Engreido el jazmin a causa de la esbelta forma que le dieran las tijeras del hortelano, no pudo dejar trascurrir mucho tiempo sin zaherir al maiten que, modesto, se alzaba a corta distancia.

—Quien te mire, díjole, no tardará en conocer que eres una planta montaraz. ¡Qué ganchos tan desviados, qué figura tan extraña!

—I bien, respondióle sin dilacion el árbol befado, i bien, ¿estaria así ahora si sobre mis ganchos, como sobre los tuyos, hubiese caido el podon? Da gracias a tu fortuna, que no es accion prudente la de mostrarse presuntuoso por aquello que no se debe a sí mismo.

Paren mientes en estas palabras, diré al finalizar mi historia, los que orgullosamente desdeñan a cuantos no han tenido la suerte de recibir los beneficios de la educacion.

EL PÁJARO ENJAULADO.

Bajo el extenso corredor de una quinta se colocaba la jaula que encerraba un pajarillo de esos canoros que regularmente no han conocido mas espacio que el mui limitado de la morada que les está destinada.

De la jaula caian infinitos granos de las semillas que en abundancia proveian el comedero, los que no se perdian en el suelo, sino que eran recojidos hora a hora por variedad de aves que de preferencia iban a aquel lugar, ya sabedoras de que en él hallaban el sustento anhelado. Una de éstas, de índole maligna, des-

pues de haberse alimentado ahí durante largo tiempo, decia un dia a las otras, sus compañeras de libertad:

—Mui necia es aquélla, pues no debió dejarse cojer en la red; mui infeliz su destino en la cárcel donde vive perezosa. Ella no nos auxilia en el trabajo i no disfruta de nuestros placeres. ¡Cuánta es su desventura!

Ninguna de las aves granívoras que escucharon esta plática ofreció a ella su asentimiento, porque todas estaban firmemente convencidas de lo contrario, reconocidas así a los favores que recibian de la hermana vilipendiada.

Si oyéreis ponderar la inutilidad de la vida de los que viven en el retiro, pensad en que quien eso diga debe mostrarse voluntariamente ignorante de los hechos, ciego predispuerto, sordo caprichoso.

LAS NARANJAS.

Una tarde plácida de primavera, varias personas rodeaban la mesa de un anciano jovial i obsequioso. Habíalas éste reunido a comer en su heredad, bajo un emparrado que se levantaba entre planteles amenísimos.

Muchas eran las viandas que cubrian la mesa, i cuantas frutas habia hasta entónces producido la estacion, se brindaban tambien en abundancia a los comensales.

Empero, fijaron ellos con particularidad su atencion en unas naranjas exornadas con variedad de cintas i florecitas artificiales de vivísimos colores. Uno de los comensales quiso saborear estas frutas, con tanto primor dispuestas para embellecer la mesa; mas el resultado de su intento fué una imprevista decepcion: los alfileres que unian los adornos a la corteza habian alcanzado a herir la carne, dañándola por tanto.

—Las galas exteriores, dijo el anciano al observar esto, no siempre son, amigos, premisa segura de la sanidad del corazon: ¡habeis visto con cuánta fiereza lo lacera!

EL PINCEL I LA PALETA.

Allá en el rincon del gabinete de un pintor, en cierto dia de reposo, sostuvieron una interlocucion mui animada el pincel i la paleta. Cada uno se disputaba la primacia, queria ser reputado como el instrumento esencial de los que sirven a tan bellissimo arte.

—Yo estampo en la tela, alegaba uno en el curso de la interlocucion, hermosas concepciones, en ella dejo un recuerdo duradero de cuanto se estima en la tierra, i por mí los tiempos venideros conocerán manifiestamente los grandes sucesos de los presentes.

—Yo, razonaba a su turno la otra, yo te brindo diversos tin-

tes, de mí tomas los colores que indeleblemente señalan tu carrera i sin mi auxilio nada mas producirias que una fugaz sombra.

No podria decir con certeza si al fin la paleta convenció al pincel o si, por el contrario, éste a aquélla; mas me asiste el parecer de que quien recibe de otro la nutricion, debe prestarle acatamiento i no señalar jactanciosamente estimacion ilimitada a sus obras.

LA DALIA.

Habia comenzado su carrera el otoño cuando cojí en el jardin una flor llamada dalia, primicia lindísima de una planta tierna.

Al dia siguiente, torné al mismo sitio en busca de la misma planta, halagado por el deseo de recojer nuevas flores, pero halléla sin ninguna i mortalmente abatida por la helada de la noche precedente. ¡Qué desidia! Un ligero techo de yerbas habria bastado para mantener por mas dias su lozano verdor i para lograr los capullos que con donaire ostentaba en sus frágiles ramas.

Tan solo una es la ocasion propicia en que el estímulo debo amparar las buenas inclinaciones i las primeras producciones de la intelijencia esclarecida; si el egoismo la deja pasar ¡quién podrá justipreciar la pérdida!

LOS ÁLAMOS.

—¡Oh, abuelos! ya poco tiempo debe restaros de vida; si no hoi, mañana quizas os veremos sucumbir agobiados por la edad, hallándonos nosotros en lozana juventud,—decian unos álamos tiernos, plantados a la márjen de un zanjon, a otros propectos que cerca de ellos sombreaban una casa de campo. Arraigados en terreno fecundo, alimentados por una corriente perenne i mecidos con soltura por las auras, hablaban aquellos así, desatinándolos las ilusiones de tan próspera juventud.

—Si tantos años de vida han alcanzado nuestros abuelos, agregaban, mas lograremos nosotros que fuimos plantados bajo mejores auspicios que ellos.

Los álamos propectos, llevando con paciencia tan necia petulancia, se limitaron a responder:

—Incierta es la duracion de la vida para el viejo; mas tambien lo es para el jóven.

Llegó a poco la noche i en ella se desencadenó una tormenta que cimbraba con violencia los álamos. Profundamente arraigados unos, resistieron a tanto furor; débiles todavía otros, fueron juguete de los vientos que los precipitaron al zanjon.

—Incierta es la duracion de la vida para el viejo, mas tambien lo es para el jóven, fueron las palabras que, recordándolas angustiados, repitieron uno a uno los noveles al sucumbir, en esa hora de la realidad.

EL FLORERO.

La mesa de una sala se encontraba adornada por un florero en los días más destemplados del invierno.

Siendo escasas las flores en esta estación de letargo para la naturaleza, estaban primorosamente colocadas en aquella vasija las pocas que a la sazón producía; i a fin de matizarlas con esmero i de darles en su conjunto una perspectiva agradable, cual en los más risueños días de la primavera, se les había agregado algunas rosas artificiales de color muy propio.

—¡Qué florero tan hermoso! exclamaban desde el umbral cuantas personas entraban a la sala. ¡Qué flores tan particulares! I así diciendo se dirigían a la mesa para percibir de cerca el perfume de las rosas. Un segundo después estaban desencantadas: habían olido rosas de papel.

Las virtudes ficticias fácilmente pueden ilusionar, pero les es muy difícil alcanzar el triunfo en la prueba a que sean sometidas por el buen criterio.

LA CICUTA.

Causóles enfado a los árboles de cierto huerto el ver que entre ellos había aparecido una mata de cicuta; i el enfado fué en ellos acreciendo hasta el punto de no poderse ocultar al objeto que se los originaba.

En efecto, con expresiones amargas denostaban a la planta, diciéndola que su presencia era fatal entre otras que daban frutos sanos, puesto que ella producía el jugo venenoso que causaba muerte horrenda.

—Así me maldecís, replicábales, por solo haber sido en abinición algunas plantas de mi especie destinadas a producir la muerte; pero ¿qué culpa grabita sobre mí por ello? Léjos de ofender a alguien, aquí donde el destino me hizo nacer, estoy brindando mis hojas, que con buen suceso emplea la medicina en alivio de no pocas dolencias.

I en verdad, la cicuta tenía razón i al hacer su propia defensa hizo la de cualquiera de esos gremios que por los deslices de uno o dos de sus miembros son condenados colectivamente.

LA OLLA I LA MACETA.

Cierta vez encontróse casualmente una olla ennegrecida por el uso, cerca de una maceta que, pintada con prolijidad, servía frecuentemente para colocar en ella plantas de adorno en la ventana de alguna sala. Notando aquélla que su accidental proximidad causaba a ésta un profundo desagrado,

—Pues te desazonas, se atrevió a decirle, al encontrarte hoy

conmigo, quizas por haberte ya olvidado de que ámbas salimos de la misma porcion de barro.

—Caya, vasija mugrienta, que en presencia del noble objeto destinado a existir bajo cortinas que forman sólio a su belleza, debe mantenerse silenciosa i humillada la compañera del cenizoso fogon.

Tan vanagloriosas palabras empleaba la maceta para responder a las fraternales de la olla; mas ellas no lograron intimidar a ésta i de consiguiente prosiguió hablándola:

—Por mas humilde i despreciable que me consideres, ruégote que, sin tomar en cuenta los tintes que te cubren, me digas si no eres lo que yo soi.

—Tus pretensiones son ilimitadas i preferentemente debes observar que entre las dos media una distancia incommensurable: yo en el primer puesto, tú en el último.

Con esta réplica la maceta dió fin al diálogo, desairando a la olla i poniendo en transparencia la fealdad de la culpa del hermano opulento, que reunido a otro por los diversos jiros del viento del destino que ántes los separa, le desdeña si se presenta destituido de bienes i aniquilado.

EL JIRASOL I LA VERBENA.

Corrian los postreros dias del estío, esos dias en que la naturaleza cautiva aun con la riqueza incomparable de sus atavíos, que periódicamente renueva. A la sazón descollaba en un cercado fertilísimo esa planta que, por la propiedad de sus flores, ha recibido el nombre de jirasol.

Cerca de ella habia una mata de mui menor talla, llamada verbena, que luego notó el cambio de frente que dia a dia hacia la flor que en su mas alto tallo lucia la planta consabida.

—¡Hola! díjola una tarde, no es corta tu pretension: por la altura a que te encuentras, tu gran tamaño, tu forma perfectamente circular i tu color amarillo-rojizo, semejante al de las ardientes llamas que a las veces consumen nuestros despojos, te consideras cual otro luminoso sol, crees por ende presentarme un disco de fuego i beneficiar esta tierra que nos sustenta. Ya el sol llega a su ocaso i tú miras ahora hácia el mismo lado para inclinarte tras una hoja de las que te rodean. ¡Ah! ningun sér de los animados por la vida vegetal se encuentra mas infatuado que tú!

La estupidez de la malevolencia corre parejas con su avidez: no pudiendo distinguir las cualidades que son naturales, las emplea sin reparo en urdir invectivas, con que se condena a sí misma.

LOS ÁRBOLES DEL PANTANO.

Surcaba en larga extension la planicie de un campo el canal que lo fertilizaba con sus abundosas aguas, i hácia la mitad de su curso se destacaba, a breve trecho, un grupo de árboles frondosos que cada i cuando era menester recibian el saludable riego.

Habiendo acrecido la corriente, un copioso raudal fué a inundar el espacio que ocupaban los árboles referidos, convirtiéndolo al fin en pantano impracticable.

Alegres se manifestaron aquellos árboles en los primeros dias de la inundación, pero despues un profundo abatimiento fué el síntoma infalible de su próxima muerte.

Quien no persevere en la práctica de la recomendable virtud que se distingue con el nombre de templanza, en esta concisa crónica rural encontrará un trasunto exacto de lo que le acontecerá.

EL TRONCO.

Abandonado entre escombros yacia un trozo de madera, tronco en otro tiempo del árbol que produjera frutos mas estimables en la comarca. Alguien lo recojió un dia i despues de limpiarlo cuidadosamente lo entregó a los afilados dientes de la sierra. Dividido en varias partes, construyóse luego con éstas un mueble de alto precio.

De tal modo, la estimacion de los buenos renace despues de la muerte, sin que la lobreguez de la sepultura importe su extincion en la tierra.

EL ROCÍO.

A una noche tenebrosa sucedió la mas risueña de las mañanas. Las plantas del verjel mostraban cada flor i cada hoja relucientes por el rocío que en ellas se habia posado, las auras las mecian con suavidad i eran mensajeras de su aroma sin igual.

Algunas de esas plantas, con alegría delirante, lisonjeaban su propia jentileza en tan hermosa mañana.

—No solo el verdor de nuestras hojas, repetian a porfía, ni nuestras exquisitas flores podemos ya ostentar con orgulloso anhelo, sino que especialmente estos diamantes de que estamos cuajadas, que tanto realzan nuestra belleza, que nos proclaman reinas de las plantas.

El trascurso de pocas horas las obligó, empero, a cambiar de tono. Antes que el sol llegara a su cenit, las gotas de rocío habian desaparecido bajo el ardor de sus rayos.

¡Galas mundanas, atavíos deslumbradores, delicias vanidosas, medid ahí el tiempo de vuestra duracion!

EL LIENZO.

¡Cuántas cosas dan a las veces al hombre lecciones provechosas!

Contemplé con agrado, no recuerdo cuanto tiempo hace, en el taller de un pintor afamado, cierto cuadro que estrictamente justipreciado importaba muchos escudos. Poco valia el lienzo ántes que el diestrísimo pincel del artista hubiese corrido por él, pero despues este valor se habia centuplicado.

Tal es el hombre: prodijiosamente acrecienta su estimacion cuando la educacion i la instruccion sanas extirpan su rusticidad i su ignorancia.

LUIS F. PRIETO DEL RIO.

ORILLAS DE AQUELLA FUENTE.....

Entre flores, desechas
Vió por el aire sus glorias.

(CAMPOAMOR.)

Orillas de aquella fuente
La ví por la vez primera
Juguetear sobre la grama,
Niña candorosa i tierna.

No he visto gozo mas puro
Ni alegría mas completa;
La dicha se retrataba
En esa mirada anjélica.

Hermosas flores cojia
Que colocaba risueña
Entre los dorados rizos
Que ornan su jentil cabeza.

Alma que ignoraba entónces
Que al placer sigue la pena,
I que el horizonte claro
Enlutan nubes espesas,

Sin mirar hácia adelante
Dejaba correr lijeras,
En su ilusion engreida,
Sus dulces horas serenas.

Pero ¡ai! los dias volaron,
I, como las hojas secas
Que del árbol se desprenden,
Sus ilusiones mas bellas.

Volvió entónces a la fuente
Bañada en mortal tristeza
I apareció ante mis ojos
Como marchita azucena.

Por sus pálidas mejillas
Corrian brillantes perlas:
Estaba en su duelo hermosa,
¡Pero la de ántes no era!

De negro luto vestida
Semejaba su belleza
Al ánjel de los recuerdos
Que sobre una tumba vela.

Sí, que el pasado arrastró
Entre sus ondas revueltas
Venturas que no ha de hallar
Otra vez sobre la tierra;

I, aunque pura, es triste víctima
De tempestades violentas,
I falsía i desengaños
Amargaron su existencia.

Puede levantar su frente,
Que no hai una mancha en ella,
Mas no alcanzó del dolor
A librarla su inocencia.

No se exhala de su labio
Una sola amarga queja,
Cuando las diáfanas ondas
Con desvarío contempla,

I los sitios, que miraron
De su niñez placentera
Los puros goces, visita
Para consolar su pena.

¿Qué viene a buscar en ellos?
¿De horas de calma serena
Memorias? ¿La dulce imájen
De sus esperanzas muertas?

¿Mira anhelosa al pasado,
O busca ilusiones nuevas?
¿Cree en la dicha todavía?
¿Mejores dias espera?

—Viene solo a verter lágrimas,
I así alivia su tristeza:
¡Que el llanto es el solo bien
Del desdichado en la tierra!

Noviembre, 1869.

ENRIQUE DEL SOLAR.



JORNADAS DE RETORNO

ESCRITAS POR UN APARECIDO.

(Continuacion.)

VII.

Aunque las facciones en el Ampurdan estaban recién nacidas, sabido se está para mis lectores que las guerrillas con sus guerrilleros nacen de nuestro arrugado suelo, como salió Minerva de la rugosa frente de Júpiter; púberes, robustas i armadas: amen de las barbas que no tuvo la diosa.

Fijaos en un faccioso, i al observarlo no se os ocurrirá que aquella breña viviente haya mamado, que aquel zarzal andando haya recibido besos, ni siquiera que haya tenido madre; i sin embargo, aquel peñasco vivo es probablemente un sér sietemesino.

Preguntad al faccioso por su escudo i os señalará todo un cerro, como si él fuese el gigante Briareo; preguntadle por su casco

defensivo i os mostrará una cimera de cabellos mas largos que las culebras de la cabeza de Medusa; preguntadle por sus armas ofensivas i os enseñará la boca de un trabuco, por la que sale a tiempo un bote de metralla i siempre cabe un muerto; preguntadle por sus zapatos i mirará a los vuestros.

Las camisas, la racion, el vestuario, su mochila, su tienda de campaña, están léjos de él: pero se hallan a su alcance en todas partes, o son la ropa, la casa i la despensa de toda la comarca en que este leon registra, o bien para suplir i guardar dichas cosas, cuya mayor parte le son supérfluas: bástale su manta.

Eso sí, la manta es la prenda de sus prendas i parte inseparable del cuerpo del faccioso. Diríase que es la continuacion de su pellejo i el alma de su nómada existencia.

A tanto extremo es esto exacto, que entre ellos es proverbial el decir: “guarda la manta,” para significarse que miren por su vida, i así se advierte que donde está la manta allí está el faccioso.

Dice el poeta Espronceda:

.... “El nombre es el hombre
I es su mayor fatalidad su nombre.”

A semejante afirmacion yo aplico un *distingo*, i añado que eso es segun qué nombre sea i conforme en quién recae de propio; i si el que lo tiene por su crisma, lo usa cuando rompe las crismas ajenas, pues en el caso presente todo faccioso, para el resto del mundo, es un anónimo, o cuando mas un álias, que no usa mas que su manta.... “Con su manta sus males espanta—i es su mayor felicidad su manta.”

La lleva en julio, i parece que le refresca i presta aire para andar; la viste en enero, i hecho tortuga desaparece a la vista bajo su concha defensiva.... salvo si llueve, que en tal momento asoma el hombre i se moja a fin de que la manta sea parte suya en defensa de su amada arma de fuego; pero si le toca correr, ella le da alas, i si por descansar se acuesta, tiéndese con la manta sobre guijarros, i le sirve de colchon, de sábana i reparo contra la cruda escarcha.

El faccioso i su manta están pegados; son del mismo color, de manera que ella es él, mas que su propia sombra.

Pero se hace sobre todo notable el que con ser este hombre de guerra i garra, esencialmente carnicero, sea ademas animal ruminante; i lo pruebo con decir que al efecto tiene dos estómagos: el suyo natural, que él llama *estuégamo*, i el que lleva en su manta, llamado por él *cucón*.

Averígüenme ustedes de dónde se deriva la palabra *cucón*; yo no lo atino, pero ello es un registro hondo que acaba en punta i con la boca ancha, mucho mas abundante que el cuerno de la cabra Amaltea.

El *cucón* encierra inagotable copia de mendrugos i torreznos,

amen de otros residuos de cosas comestibles no compradas, maná en reserva para que cuando el facciosos sienta el hambre, acuda, rumie i lo traspase del *cucón* al *estuégamo* i siga la marcha.

Cuentan que éste de que voi hablando es el faccioso español; especie única de jeneracion expontánea, que así nace en los montes de Beceite, como se da en la sierra de las Amézcuas, como brota en el monte Canigó, i mas allá no se cria. El faccioso solo bebe desde las aguas del Ter hasta las del Vidasoa.

Se sobreentiende que lo que el faccioso bebe entre las aguas de ámbos rios, es vino puro.

Pero ahora, concretándonos al faccioso catalan, conviene presentar, a fin de esclarecer las dos diferencias que le distinguen de los otros, si bien no sé si en él se producen del idioma o si le vienen de naturaleza.

La primera es, que para el faccioso catalan no hai *estuégamo*, sino *cor* (corazon) i es la segunda que al *cucón* llama *el codul* (el codo) i así, en cuanto sienten necesidad de estómago, dicen que tienen *mal de cor* (dolor de corazon) i echando mano al *codul* muerde, i con comerse el codo se remedia. Se ve, pues, que excepcion hecha en esto de tener el faccioso catalan colocado el corazon en la barriga, i lo de ser el codo su segundo estómago, este faccioso, i el resto de los de España, son gotas de un mismo vino.

De tan jenuina especie era el capitán don Estéban Rivas i Carreras, que habiendo sido hasta allí mozo de espuela de la casa solar, pasó de golpe a mandar la compañía anónima.

Ocúrreme apuntar que dicho capitán, derrotado en un encuentro i perseguido por el jeneral Milans en persona, que lanzado a caballo lo llevaba ya casi al alcance de su sable, salvó de un salto, sin otra ayuda que sus piernas, la acequia de un molino, i entróse en nuestra casa con la manta al hombro

Mas esto dije de pasada, i aquí dejo al milano i al pájaro, al rayo i al relámpago, al perseguidor i al perseguido, para ir mas derecho a Saturní el corneta.

Saturní Bellapart i Romans, fill de cal Hermano.

Hé aquí el nombre de pila, los dos apellidos i la casa solariega de aquel corneta que, andando el tiempo, habia de encontrarse con la horma de su zapato.

Fué la horma que le dió la medida de sus culpas el burro Bunik, del cual, en puridad, no sé el oríjen. Si me inclino a pensar que no fuese fruto de padres pastores, como lo es mi burro Salomon, i deduciendo el árbol por el fruto, creo que acaso lo seria del enlace de alguna pareja de esos séres desdichadísimos, desesperados, que de vez en cuando i sin apelacion, condena el alcalde del pueblo a que pasen al servicio militar, que tras la condena pierden su nombre i los llaman *bagajes*.

Conste que esto es puramente conjetural, pues, como he dicho, me faltan datos jenealójicos; mas yo lo infiero por haber visto i compadecido a muchos burros i burras, que en jornadas larguí-

simas, tras no comer ni poder con el balumbo que les cargan, llevaban por añadidura un soldado con fusil i mochila, montado en las ancas a tres dedos del rabo, miéntras que otro soldado con la punta de la bayoneta aguijaba al bagaje por encima i por debajo de la misma cola.

Saturní Bellapart de cal Hermano, ya es otra cosa, i en lo que hacia con Bunik no tiene perdon de Dios, como no sea por pura misericordia del Señor.

A Saturní le venia de abolengo el ser perverso, i le pervirtió por completo la vida maleante del faccioso.

La casa del Hermano tiene mala *sombra*; dista un tiro de bala brutal (de los de moda) de la casa del padre de mi padre. Ningun comarcano edifica junto a ella, i aun con estar situada sobre buen camino, parece que todos instintivamente excusan el pasar frente a la puerta.

No se averiguan hurtos, hechos o no por la familia de cal Hermano, pero cuando falta algo del monte, de la viña, de las eras o del ejido, todos miran hácia allá.

La tal familia vive casi aislada, i sus hijos salen récios, ájiles i naturalmente reservados.

Son los Bellapart pobres colonos; trabajan la tierra con dureza, i por lo jeneral, cuando se casan, buscan establecerse fuera del valle, miéntras allí queda el tronco que tanto extiende sus ramas i tales frutos da.

Ignórase de dónde vinieran los fundadores en época olvidada; mas como dentro del dialecto catalan la palabra *Hermano* solo tiene uso en el sentido católico, con aplicacion a los legos de la frailería, es de suponer que allí se quedara, con escándalo de su tiempo, cambiando de comunidad, algun lego desertor o arrepentido: i como por lo que tengo muchas veces oido referir en presencia de sus obras, el diablo cristiano es arquitecto en los desiertos i pontífice sobre los rios, tambien pudo suceder que el diablo ayudara al lego a fabricar la casa, porque en rigor de verdad os he dicho, lectores míos, que la tal casa del Hermano, hasta en los dias de clarísimo sol, tiene mala sombra.

Ello es en suma que Saturní Bellapart, con ser entónces muchacho, no desmentia la raza, ni por sus hechos ni por la pinta. Era malo, atrevido, mofletudo i ancho de pecho; i sin duda por la suma de estas cuatro prendas, a saber: por la de malo para correjirle, empleándole en servicio de Dios i del rei; por la de atrevido para que de él fuese la fortuna; i por la de mofletudo i ancho, para que soplara en proporcion que revelaba ser buen soplador, lo cierto i ello es que se le hubo de nombrar, por todo junto, corneta en propiedad i exclusivo de la compañía; siendo así que Saturní no habia dado mas pruebas para tal oficio, que la de saber mal chiflar con el cuerno del porquero.

Del modo que se compuso mi primo el *hereu* para no verse con-

victo en justicia de que él habia engrosado la faccion de Misas, ni es de este propósito, ni yo lo sé.

Sé solo que si a la guerra fueron setenta reclutas, volvieron en la paz sobre cincuenta veteranos vencedores con su capitán don Estéban i el corneta.

Sé que don Estéban, en la clasificacion hecha despues por el gobierno de la restauracion, quedó de teniente retirado, por no saber leer; i se casó con doña Rosa Zurra, doncella preferida de mi casa, a cuyos consortes puso el *hereu* casa de huéspedes en Jerona. I respecto de Saturní, considerando mi primo que habia vuelto de corneta pelado, dejóle acomodado en casa con ocupacion en la huerta, en calidad de ayudante de campo del hortelano, i con un burro a sus órdenes para mejor desempeño de su empleo.

VIII.

Pasado algun tiempo, decia el hortelano a mi primo con humildes palabras catalanas las frases que siguen traducidas, sobre poco mas o ménos.

—Señor, como soi cristiano que no puedo con Saturní, él no hace nada mas que cuanto le acomoda, i cuando le riño, descarga su rabia sobre la pobre bestia i añade con vergüenza que así se entiende la subordinacion gradual.

—¡Pero hombre!—le preguntó el *hereu*—¿es que no trabaja?

I el hortelano le respondia:

—Señor, demasiado.

I se trabó este diálogo:

—¿Pues de qué te quejas?

—De que en cuanto me separo de mi faena, donde siembro arranca, i donde arranco siembra, i dice que irá mejor la cosa.

—¿I va peor?

—Nó, señor, que va bien, porque cava hondo, desterrona menudo i riega mojándose; mas con todo eso, señor, no puedo con Saturní.

—¿Qué mas tiene Saturní? dímelo, a fin de que yo vea si te sobra o si te falta la paciencia, con que todos en nuestro puesto necesitamos que nos ayude Dios.

—Señor, a todos ayuda Dios, ménos a Saturní, que no sabe lo que es paciencia, ni quiere tener Dios.

Mi primo se echó atrás i exclamó:

—¡Hombre de María Santísima! explícame claro lo que hace Saturní.

I a esto repuso el honrado Jepet, que así se llamaba el hortelano:

—Señor, muerde al burro Bunik mas fuerte que lo haria un

perro rabioso, i miéntras el burro aguanta i calla, él reniega como si le mordieran; i así continúa hasta que el animal sale desesperado por entre coles i tomates, atropellándolo todo; que entón-ces el bribon se rie i le da

—¿Qué le da?

—Ya lo he dicho, señor; Saturní no da mas que palos, i los da ménos que a docenas en fin, señor amo, con Saturní no se puede; i si ántes le venia de casta el ser malo, ahora desde que ha vuelto de servir al rei creo que el diablo se le entró por la trompeta Dios i su merced me libren de él.

—¿De quién, Jepet?

—Debí decir de ellos: de Saturní i del diablo, que están juntos.

—¡Jepet . . . !—exclamó mi primo entre asustado i ofendido

—¡Jepet . . . ! mira lo que dices; que por servir a Dios i al rei no ha podido el diablo cojer a Saturní.

—Pues será que Saturní cojió primero al demonio que andaria suelto entre los liberales; pero no le ha soltado todavía, señor amo; i a mí, aunque eso sea, la misma cuenta me sale. Yo pudiera contar a su merced muchas demoniaduras, si no le bastara el caso de hoi, que es el que me trae. Esta mañana misma, cuando apenas amanecia, Saturní i el diablo, o el diablo i Saturní, sin duda la trabaron entre los dos léjos de aquí, junto con el burro; i al verlos yo venir atropellados me persuadí que corrian hácia el infierno para ajustar allí sus cuentas. Por supuesto que como al borriquillo le llevaban a la fuerza, sucedió que cansados de volar mas que de correr, al fin se arrojó al suelo, i como si dijera: ni Cristo pasó de la cruz ni yo paso de aquí.

Oigame Ud. con cuidado i crea lo que le digo, señor amo.

Al venir de mi casa a mi obligacion, llamé de paso a la puerta de la cuadra, como tengo de costumbre, i no me respondieron ni Saturní ni el burro: víneme confiado en que aquí los hallaria, pero nó, señor; i a tiempo que ya estaba yo regando, cátese su merced que oigo ruido, i ví de pronto que venia el burro corriendo como nunca; i luego, mas de cerca, ví que a Saturní i al diablo los traia *Bunik* colgados a la cola.

—¿Pero tú viste al diablo?

—Saturní venia diciendo: "*lo diable tan porti*;" i con esto i con que el burro iba lijero mas que a escape de caballo, apesar de que llevaba un hombre colgado al rabo, a mí me parece que solamente atizándole por detrás el espíritu malo podria la bestia correr tanto Por lo demas, señor, no me era posible distinguir bien al demonio, que habia aun poca luz, i el diablo debe ser de color oscuro.

Allí, junto al estanque, fué donde se tiró el burro al suelo, i yo me escondí (no sé si de miedo) tras unos cardos, por si acaso i por ver lo que pasaba sin tomar parte en ello; cuando en aquel instante mismo se desencadenó el viento tramontana, pasaron grajas en bandadas de mas de un millon, cayó granizada de fru-

ta verde de los árboles i se me fué la *berretina* por los aires, ni mas ni ménos que si me la hubiese arrebatado de la cabeza el mismo demonio, para que yo le saludara al irse con la tramontana i en compañía de las grajas él sabrá dónde; que a mí no me cumple decir mas que la pura verdad; i digo ser lo cierto lo que he contado, como lo es que amaneció Dios i ví que Saturní i el burro estaban solos, o quedaron solos....

—¿Qué mas pasó?

—Pasó un mochuelo.

—No te pregunto eso.

—¡Ah, señor....! iba diciendo que entónces ya ví claro; i tenia Saturní cara de mala noche, con los ojos mui abiertos i fijos en una peineta, que con perdon de vuestra merced, era de cuerno. Mirábala i decia: “es la mejor que he encontrado en Castellon; yo te la pongo, o te la clavo, o te la pongo con un beso en el cogote o te la clavo de un puñetazo. ¡Mira ingrata que no me conoces bien! pero acuérdate de aquella copla que aprendí andando en la *briballa*, i que te he cantado tantas veces a la vuelta.” Así habló Saturní con voces altas, sin hacer caso de que el burro a su lado estaba casi muerto; i luego soltó un taco, i a renglon seguido i sin recomponérsele aquella cara desesperada, cantó de rabia, o mejor diria que soltó con rabia, la cancion que le tengo oido cantar muchas otras veces a sus solas, i dice así:

Cuan fem un pic de serdana,
 Miras capa l' segnorét;
 Ya mí m' ve la real gana,
 D' agafá la mitja cana,
 I ferte posá el cap dret,
 ¡Pic....!
 Comta que tu dic,
 ¡Net....!
 Mira al teu trumpét:
 I allá te la trovis si l' cap no va dret.
 ¡Pic fet....!

Al acabar pegó un aullido de aquellos que responden léjos; i salió paseando desatinadamente como Judas, a lo largo i a traves, hasta tropezar conmigo, que finjia estar dormido. Entónces finjió él que me buscaba, i me llamó i me dijo que al burro le habia dado torozon de viento, o cosa peor.

Fuímonos al borrico, le registré, i viéndole en aquel estado, lo traje; i en el establo de los bueyes está que pide misericordia, aunque no tiene torozon que romper, sino, con perdon de vuestra merced, el trasero roto por mas de una parte.

En este punto suspendieron del diálogo mi primo i el Jepet, hasta llegar al establo, i desde allí llamaron al albéitar. Llegado éste, los tres reconocieron al burro; i al mirarle las ancas hechas

una pura lástima, disertaban sobre cómo i con qué cosa estarían hechas las heridas aquellas.

Dijo el albéitar ser todas de diente de lobo.

Dijo mi primo que mas aparentaban serlo de punta de navaja.

Dijo el honrado hortelano que allí estaban claras i patentes las uñas del demonio.

Quedó con el paciente su médico natural (pues que aquí no cabe decir de cabecera) i al regresar mi primo, acompañado del hortelano, lamentábanse a su turno de los malos hechos del mozo Saturní, sin excusar las prendas que le recomendaban por haber sido tan buen servidor del rei; i sobre tales cosas discurrían cuando se paró el *hereu*, i dijo:

—¿No te parece, Jepet, que si le casáramos se amansaría?

—Señor, los gatos cuanto mas casados mas son *entremaliats* (traviesos) mas bufan, mas muerden i arañan. Lo que sea un gato casado lo dice la gata; i yo no me animo a dar ese consejo, porque no deseo que me lo cuente la mujer de Saturní. Cada uno es como lo parió su madre, un poco mas o un poco ménos, segun Dios le depara luego las compañías i la fortuna, pero siempre cada hombre da muestras de que sigue siendo como vino al mundo: el bueno hasta que muere, las da de ser bueno; el malo las da de ser malo, i al bueno se le conoce que lo es hasta en sus obras malas, i al malo se le conoce que es malo hasta en la obra buena que suele hacer.

—I tú que alcanzas eso que me explicas, ¿crees de buena fé que el diablo te quitó la berretina?

—Ahí verá vuestra merced.

—Poca respuesta me has dado.

—Digo que ahí verá, porque lo uno se comprende a nuestra edad, i lo otro lo aprendemos desde pequeños, que nos lo enseñan.

Así conversando, entraron en la sala, i dijo mi primo al hortelano:

--Adios, Jepet.

IX.

Entre los varios hijos de mi primo el *hereu*, Antonio era el segundo i a la sazón tendria dieziseiete o dieziocho años de edad.

Servia en casa cierta criada llamada Marieta.

Recordando a Marieta, a distancia de medio siglo, aun me la representa la memoria con seguros contornos i vivo colorido.

Estaria en los dieziseis años.

Era esbelta i trigueña, límpia i modesta; llevaba los piés i los brazos desnudos, i sus piés estaban mas blancos que sus brazos. A aquéllos los amaba, los besaba el agua de la fuente; i a éstos

los azotaba el sol cuando a la cercana fuente iba, i de la fuente volvía con dos cántaros i una herrada, apoyados un cántaro en cada cadera i la herrada puesta en equilibrio i suelta en la cabeza.

Peinaba liso i las partidas bandas de su cabello eran semejantes a dos alas de golondrina, plegadas a los costados de su serena frente.

Vestia saya de lana azul mui corta, i una cotilla de pana negra, sumamente ajustada.

Solo en los dias festivos se adornaba Marieta con pañuelo blanco la cabeza, atándolo graciosamente bajo la barba, i tambien se calzaba holgados zapatos con hebillas. Entónces Marieta creía estar mas interesante i estaba mas engalanada, pero en verdad era ménos galana.

Por este primer diseño acaso se dispongan mis lectores a creer que voi a pintar de capricho alguna linda i festiva campesina de figura ideal, influido por la lectura de los poetas, mas no es así. Estoi copiando la realidad, i aunque a larga distancia del objeto, saldrá la copia de la fiel paleta de mi memoria tan fresca como si ahora tuviese aquel orijinal a la vista.

Marieta era feilla de rostro, de tez morena, con ojos garzos i labios gruesos, sobre que algunas pecas de viruela la marcaban; pero era morena, como el claro oscuro del crepúsculo de la mañana, por entre cuyas tintas asoma la luz del cielo; i sus ojos se desplegaban tan misteriosa i purísimamente como una aurora, abriendo espacio a los resplandores de su alma.

El grosor de sus labios revelaba un temperamento blando; mecíase en ellos siempre la sonrisa, mostrando al paso dentadura nacarada, i el timbre de su voz era dulcísimo.

Así, al contemplarla, se decia: "¡qué lástima que esté marcada de viruelas!" i al tratarla la queríamos todos con aquella medida que la amistad i el amor prestan, a cada edad, a cada condicion i a cada sexo en situaciones dadas. I digo en situaciones dadas, para que lo comprendan los que no saben prácticamente de qué manera tan natural resbala nuestra naturaleza por el plano inclinado de la costumbre, hasta que sin apercibirnos, nos ajustamos dentro del círculo que nos rodea, por mas que sea ajeno a nuestro oríjen. Fórmase entónces por los hábitos la educacion del gusto; i de allí deducimos un bello ideal que nos eleva el alma, i nos llena todo el corazon, miéntras que las jentes, separadas de nuestro trato familiar i costumbres, los exentos de nuestro contajio, no sienten la moral que estraña aquel trato, no ven la belleza que en él nos contenta, no alcanzan, no comprenden la modificacion lenta que se ha obrado, perfeccionando nuestra sensibilidad, i la llaman perversion del gusto o la motejan con peores nombres.

Aquel sér, colocado en penumbra, aquella muchacha de belleza mate, hermosa, simplecilla i tímida, a la manera que son hermosas las violetas silvestres; aquel vaso de lágrimas bañado en ro-

cío; lágrimas i rocío anteriores a la experiencia, pero que están en el oríjen de cada creatura i denuncian el dote de felicidad o de desgracia que le cabrá en lo futuro; aquella pobre muchacha siempre sonreía.

Habreis observado que la sonrisa constante que en boca del hombre es lema de falsedad o de menosprecio, en labios de la mujer honesta es síntoma de pena indefinida, hasta que toma forma, se concreta, i se llama amor.

Repito que Marieta en cuanto la mirábamos o la hablábamos, asomaba la sonrisa, i añado que nunca cantaba; pero en cuanto la llamaban a bailar, salía sonriendo i bailaba con tal donosura, que parecía amaestrada por las gracias griegas; puesto que sus ademanes, su tino un marcar el compás, sus aires i vaivenes, no eran de imitacion, sino inspirados por el contento momentáneo, por la honestidad i el amor, sumándose en el difícil punto de la sensacion virjinal.

Mi primo Antonio, que cursaba leyes en la Universidad de Cervera, se encontraba momentáneamente en la casa paterna.

Tenia este jóven, lo mismo que todos nosotros, el gusto formado en la sociedad de la casa solariega, si bien un tanto desnaturalizado por la audacia que prestaba la práctica universitaria a los manteistas de entónces. Era ademas de carácter violento i deo temperamento enérgico; i así, el estudiante, confundiendo el hecho con el derecho, sumábalos en su voluntad i patria, juntando a Ciceron con Anacreonte, i a Platon con los pastores de la Arcadia; i lo mismo bailaba en los salones con las Aspásias, que en la plaza pública con las mozas de aldea.

Era cosa de ver la despreocupada deferencia con que el mozo solicitaba a Marieta, i la tímida inclinacion con que ella le correspondía.

En aquella casa no era posible el secreto, i el estudiante procedía en público a traves de las sospechas de padre, madre, capellan, monjes, frailes i mujeres; que las unas se santiguan de la desvergüenza i los otros bebian los vientos tras él; pero Marieta era querida de todos, i la culpa entera recaía sobre el corruptor, que la aceptaba por entero.

De aquí el que los ménos preocupados dijeran: ese no sirve mas que para soldado, i el que los mas timoratos sospecharan si les habria renacido en la familia el Hijo Pródigo.

X.

Ademas de la gran huerta hai contiguo al pajar (que como dije está pegado a la casa) un pequeño huerto, conocido por el nombre de Hort-Bofill.

Lugar recóndito es éste i se halla descuidado. Desmorónanse

sus tapias con frecuencia, dejando brechas de fácil acceso días olvidados, hasta que la necesidad de acudir al reparo de otras obras, lleva la mano del albañil a restaurar aquellos desprendimientos, acaecidos por la vejez.

Tan humilde huertecillo fué sin duda el exclusivo recreo de los fundadores de la casa, i su suelo todavía es hoy el mas fértil de todo el contorno. Se comprende que en aquellos tiempos fuese cultivado con solícito esmero, i ahora deja ver que apenas le hacen caso.

El brazo del hombre no se emplea en él, i solo las mujeres, con ligeras azadas o con escardillos, le cavan, siembran i cosechan, sin sujecion a regla ni a precepto. Sin embargo, allí la tierra siempre agradecida, da de su seno con amor, i las verduras del Hort-Bofill, resultan mas sabrosas que las de otra parte.

El Hort-Bofill es, o parece ser, el fiador de la gran huerta; si en aquella no han sazonado, si el hielo ha enmustecido o si el calor ha agostado los frutos, en éste se anticipa o se hace tardía la sazon, a la voluntad de quien siembra las plantas, o las cultiva en sus resguardos. Es sobre todo la patria propia, el paraíso terrenal del perejil, de la yerba-buena i de la borraja, puestos en confuso i simpático consorcio con el don Diego de la noche, la albahaca i los claveles sencillos.

Se comprende que como son mujeres las que le cultivan, sea el jardín de las mozas, sin dejar de ser el recurso de las cocineiras.

Los pocos árboles que en él se mantienen, nunca fueron injertos; son añosos, se plantaron sin simetría i nadie los poda; gigantes centenarios abren los brazos para abarcar las nubes; atletas encanecidos, soportan la nieve, luchan con la tramontana que lo ciñe, cimbrea i silba al huir herida, a la manera de una serpiente enorme, i allá, cuando llega la primavera, se revisten de hojas i se coronan de flores, para alardear su constancia, para ostentar su triunfo al traves de las edades; al paso que esa misma ufanía luxuriante les revela en su mísera ancianidad, sellada con las garras del tiempo. . . . Ni aquellas hojas los arropan por completo, ni aquellas flores los coronan del todo; son jirones de galas que fueron juveniles, por las que a trechos asoma el esqueleto.

Ramas secas junto a ramas verdes, leña seca al lado de las flores codiciadas de las abejas, patentizan la hermosura fecunda de la vida i la tristeza estéril de la muerte. . . . Así el influjo del verano obra i madura en ellos las escasas frutas que pueden soportar; i cuanto las de la huerta grande son celadas, las del Hort-Bofill se dejan expuestas al hurto lacedemonio de los muchachos, que comunmente las derriban a pedradas.

En este momento me acude un recuerdo que reduce a un toque luminoso lo que he mal diseñado.

Recuerdo que allá en mi adolescencia volvía yo del campo al completarse una noche de primavera, mansa, tibia i serena. No-

che de aquellas que susarran amor, traído en alas de los céfiros, i que exhalan melancolía entre bálsamo i aromas de las flores. La voz de la naturaleza, venida del infinito, habla a nuestras almas; los oídos la oyen en confuso, envuelta en efluvios de vaga armonía, i el corazón la penetra, la traduce, i responde suspirando a ese sublime idioma de la resurrección universal, que a todos nos dice: “Amad i suspirad.”

Volvíame de un pueblo inmediato, donde residia una hermana mia allí casada: mi hermana me habia abrazado con tristeza al despedirnos, i a mi regreso me senté junto a las tapias del Hort-Bofill, atraído por el canto de un ruiseñor que jemía como las arpas eólicas, i a poco le respondió una corneja. Levanté la vista, fijé el oído, escudriñé i entendí i ví que el ruiseñor i la corneja cantaban en un mismo árbol; aquél entre las flores i ésta parada en una de las ramas secas. . . . ¡Sonaba el himno de la esperanza i respondia la elejía de la muerte! El árbol era el mas carcomido por el tiempo, mitad esqueleto i mitad niño, que sonríe al beso de la madre primavera!

El modesto Hort-Bofill, solaz de mis antepasados, sabe Dios si habrá sido arrastrado al restaurar la casa. Sus injentes nogales, sus ancianas higueras i sus desparramados manzanos i nudosos perales, sus granados de encendida muestra, los claveles sencillos, aquellas plantas, aquellos arbustos; su cerca, su tierra fecundísima, todo, todo será acaso suelo llano, infecundo; suelo tendido i de paso a la vanidad presente.

Ya por entónces tenia impresa la marca de exterminio.

Habian establecido en él el pisadero de la uva bajo un tinglado a teja vana erijido al efecto, i esto no solo le robó gran parte de su cultivo, sino que además, en la época de la vendimia, quedaba todo él entregado a la profanación mas impía i al merodeo insolente de cuantos en la faena vinícola se ocupaban.

Aquel lagar comunicaba precisamente con la bodega, i en ésta no penetraba otra luz que la mui escasa que de las caballerizas recibia por una claraboya.

ANTONIO ROS DE OLANO.

(Continuará.)



¡FLOR DE TODOS, FLOR DE NADIE!..

(A LA SEÑORITA I. E. B.)

No quisiera, niña hermosa,
Injuriar yo tu pudor,
Comparando con la rosa
Tu hermosura primorosa,
Tu salero i tu candor.

Avisarte no querria
Por no avivar tus sonrojos,
Que la luz del medio dia
I el fuego de Andalucía
Reparten siempre tus ojos:

Que a la palma por jentil
No debes envidiar tú,
Pues tienes hechizos mil,
Como hai flores en abril,
Primavera del Perú.

¡Oh! celeste primavera
De perfume embriagador,
Quién llegara a tu ribera,
Quién de tan verde pradera,
Robar pudiera una flor!.....

Mas si busco ese deseo,
Miedo tengo a la ocasion,
Pues fuera en mí un devaneo
Decir: "esa flor poseo,
I es la flor del corazon."

Pero acabé por decir
Lo que no quise.... ¡perdon!
¡Ah! nunca podrá existir
Ni en mi labio el sonreir,
Ni en mi pecho ese blason!

Del árbol del sentimiento
Tal la flor prodigas tú,
Como en todo movimiento
Se desviste, dando al viento
Flores el esbelto ombú,

¡I tanto esa flor me apena
I aguija tanto el dolor,
Que si a tí mi alma encadena,
Siendo la *flor del amor*,
Tornóse en *flor de la pena!*

Valparaiso, 29 de febrero de 1876.

JOAQUIN RODRIGUEZ BRAVO.

¡QUIEN CUAL VOSOTROS!

¡Qué lindas son las flores
En primavera,
Cuando las mece el viento
Siempre risueñas!
¡Qué puro el cielo,
I la noche que hermosa
Con sus luceros!

Las olitas del rio
Alegres juegan,
Haciéndose caricias
Pasan i ruedan.
I la alba espuma
Dorados pececillos
Besa i columpia.

Entre enredaderas
De mil colores,
Su amor el pajarillo
Canta en el bosque.
Solo yo triste,
Triste me siento siempre,
Todo me oprime.

Tiene razon el hombre
I el hombre siente,
Por eso aquí en el mundo
Llora i padece.
¡Séres dichosos
Que morireis gozando
Quién cual vosotros!

Santiago, marzo 5 de 1876.

CÁRLOS DONOSO.